

dose los Santos de rodillas, y levantando al cielo los ojos, dieron gracias á Dios por la merced que les concedia de morir por la fé.

5. Eran los dos Santos muy estimados del pueblo romano, por manera que su muerte hacia temer una sedicion en el pueblo si en público se ejecutaba : por cuyo motivo Terenciano los mandó decapitar en su misma casa á la media noche, y hacer despues un hoyo en su jardin con el mayor sigilo para darles allí sepultura, creyendo que de este modo quedaria oculta su muerte. Mas quiso Dios que en la mañana siguiente muchas personas poseidas del demonio publicasen el martirio de aquellos dos santos hermanos. El mismo hijo de Terenciano, poseido tambien por el demonio, publicaba la muerte de aquellos ; y habiendo despues curado este jóven por intercesion de los santos mártires, fué causa de que Terenciano se convirtiese al punto con toda su familia, y abrazase la fé cristiana. Y en el mismo lugar donde reposaban los cuerpos de los Santos, ya en el siglo quinto se levantó una iglesia magnífica que todavía en honor suyo existe hoy en Roma.

VII. S. TEODORO.

1. San Teodoro, soldado de profesion (en cuyo elogio compuso un magnífico panegírico S. Gregorio Niseno) : era cristiano, y de santas costumbres. Hallábase con sus legiones en Amasea, ciudad del Ponto, cuando Galerio y Maximino en el año 506 perseguian á los cristianos. Sabiendo su gefe que Teodoro era cristiano, le mandó sacrificar á los dioses, segun los edictos imperiales. Protestó el Santo, que él era fiel á los emperadores,

pero que por lo mismo queria tambien ser fiel á su Dios, no pensando en desmentir su constancia por la fé, aun cuando tuviese que perder los bienes, los honores y hasta la vida.

2. Fué presentado al prefecto de la ciudad, quien apeló á todas las trazas para persuadirle á que renunciase á Jesucristo ; mas el héroe cristiano, despreciando todas las promesas y amenazas, le dijo : — Dispuesto estoy á conservarme en mi religion, aun cuando debiese ser despedazado ó quemado vivo. Muy justo es que mi cuerpo sea sacrificado en honra de aquel que le crió. Despues de semejante protesta el prefecto le dió libertad, dándole tiempo, como así se lo dijo, para deliberar acerca de la exigencia que le habia manifestado de obedecer á los príncipes. Teodoro consagró aquel tiempo en alcanzar del Señor el auxilio necesario para el combate que le esperaba.

5. Entre tanto prosiguió en confortar á los cristianos perseguidos para que permaneciesen firmes en no renegar de Jesucristo, y ademas, llevado de su ardiente zelo consumó una accion gloriosa, pues, animado por una inspiracion extraordinaria de Dios, tuvo valor una noche para incendiar á un famoso templo que en aquella ciudad estaba dedicado á la diosa Cibeles, adorada de los paganos como madre de los dioses. Quedó el templo en poco tiempo reducido á pavesas, por un fuerte viento que se levantó á la sazón. Y lejos el Santo de ocultar su atentado, por sí mismo lleno de júbilo iba publicando que él habia incendiado aquel templo execrable ; por lo cual fué luego preso, y conducido al prefecto, el cual, amenazándole con terribles tormentos si no expiaba luego su delito con sacrificios á los dioses, respondió

que él se daba por muy dichoso de haberle perpetrado.

4. Viendo el prefecto que Teodoro se reía de las amenazas, probó ganarle con las promesas: protestóle que le habria elevado á pontífice de sus dioses, si les hubiese ofrecido sacrificios. — Respondió el Santo: — Yo tengo por unos desdichados á los sacerdotes de vuestros ídolos, y mucho mas á los pontífices, pues entre los malvados el que tiene el primer lugar es el peor de todos. El que vive con verdadera piedad se goza de ser abyecto en la casa de Dios. — Indignado el tirano por estas palabras le hizo poner en un ecúleo, en donde con hierros le fueron rotas las costillas con tanta crueldad, que se le veían los huesos. Y el Santo, en medio de aquel sangriento destrozo, cantaba con alegría aquel verso del Salmista: *Benedicam Dominum in omni tempore; semper laus ejus in ore meo*. Bendeciré al Señor en todo tiempo, y no se moverán de mis labios sus alabanzas.

5. Atónito el prefecto de una constancia tan grande, le dijo: — ¡Miserable! ¿no te avergüenzas de poner tu confianza en aquel Cristo, á quien se hizo morir con tanta ignominia? — Pero Teodoro le dió esta santa respuesta. — Esta ignominia es en la que se glorian todos cuantos invocan el nombre de Jesucristo. — El prefecto volvió á mandarle á la cárcel, esperando vencerle con el tiempo; pero el Santo en la noche siguiente fué visitado por los ángeles en su misma prision, que junto con él cantaban las divinas alabanzas, y llenaron aquel tenebroso lugar de una clarísima luz que dejó maravillados á los que le guardaban. Algunos días despues, encontrando el prefecto á Teodoro firme en su mismo propósito le condenó á morir quemado vivo.

Abrazó el Santo con la mayor alegría aquel horrendo suplicio, y á vista de la hoguera se santiguó, y en medio de las llamas consumó con intrepidez su sacrificio, bendiciendo siempre á Dios hasta el último aliento.

VIII. SANTA PERPETUA Y SANTA FELICIDAD.

1. San Agustin en sus obras hace grande elogio de estas dos santas, proponiéndolas con frecuencia al pueblo cristiano para animar á todos á ser fieles á Jesucristo. El emperador Severo habia dado la orden de hacer morir á todos los cristianos que rehusasen sacrificar á los dioses; en virtud de la cual, el procónsul Minuzio, que mandaba en Africa, hizo arrestar en Cártago entre otros á cinco jóvenes que eran todavía catecúmenos, y juntamente las dos mencionadas santas Perpetua y Felicidad, con otros dos santos Saturnino y Secundo.

2. Era Perpetua una señora jóven, de edad de 22 años, que llevaba una santa vida. Era casada y tenia un solo hijo. Felicidad era aun mas jóven, casada tambien, y de santas costumbres. Y estando las santas mártires en una casa, custodiadas por los soldados, vino el padre de santa Perpetua á visitarla, y como era pagano, apuró toda su elocuencia, hasta las lágrimas para inducirle á que abandonase la fé. Importa aquí saber que santa Perpetua, escribió ella misma la historia de su martirio, el dia anterior á su muerte, como se halla en las actas antiguas (*Boll. 7.*) en donde se halla circunstanciadamente descrita, y de la cual extractaremos lo mas sustancial. « Mi padre (son palabras que escribió « la Santa) apuró todas las artes para pervertirme, y mi

« contestacion fué siempre : *Padre mio, yo soy cristiana.*
« Indignado él entonces, se levantó para arrancarme
« los ojos, y me llenó de injurias. Pocos dias despues
« recibimos todos el bautismo, y fuimos puestos en
« prision en seguida, quedando yo aterrorizada por la
« oscuridad, inmundicia y calor que allí ocasionaban
« los muchos presos que contenia aquel lugar. Allí
« obtuve la gracia de tener conmigo á mi hijo, y esto
« me sirvió de consuelo. Vino á verme mi hermano y
« me decia que rogase al Señor para que me manifestase
« si me aguardaba el martirio. Me puse en oracion, y
« se me apareció una escalera de oro que llegaba hasta
« el cielo, pero muy angosta, y erizada por los lados de
« navajas y puntas de hierro. Al pié de la escalera ví que
« estaba un dragon que amenazaba devorar á cualquiera
« que quisiese subir por ella. El primero que subió fué
« un cierto cristiano llamado Saturo, que me invitó á
« seguirle. Subí en efecto, y me encontré en un espa-
« cioso jardin, en el cual encontré un hombre de bella
« presencia que me dijo : *Bien venida seas, hija mia.*
« Y pasada esta vision conocí que todos estábamos des-
« tinados al martirio, y así se lo dije á mi hermano.

« Vino mi padre á encontrarme hasta en la prision,
« y deshaciéndose en lágrimas y postrado á mis pies:
« *Hija mia, me dijo, ten compasion de mí, que soy un*
« *pobre viejo, y que soy tu padre : tenla al menos de tu*
« *tierno hijo ; no quieras con tu obstinacion ser la causa*
« *de la ruina de todos.* Enterrecíme, pero permanecí in-
« mutable en mi propósito. Al dia siguiente fuí presen-
« tada al magistrado Ilarion, que por muerte del pro-
« cónsul hacia las veces de juez ; y conmigo se presentó
« tambien mi padre llevando mi hijo en sus brazos, y

« me dijo el juez : *Perpetua, ten piedad de tu padre y*
« *de tu hijo, y sacrifica á los dioses.* Yo respondí que
« era cristiana, y que todos nosotros estábamos prontos
« á morir por nuestra fé. El juez entonces nos condenó
« á todos juntos á ser devorados por las fieras ; pero no-
« sotros recibimos con alegría la sentencia, y se nos vol-
« vió otra vez á la cárcel á donde vino de nuevo mi pa-
« dre, y arrancándose la barba y los cabellos se arrojó
« pegada la faz contra la tierra, lamentándose de vivir
« todavía. Esforzábase para arrancarme del pilar en
« donde estaba atada, pero el juez le hizo echar de allí
« con un garrotazo, lo cual me enterreció, pero al Se-
« ñor le plugo darme fortaleza.

5. « Secundo habia muerto en la cárcel de pura es-
« tenuacion. Saturo habia tenido ya la suerte de morir
« mártir. Felicidad deseaba morir con los demas, pero
« estando en cinta, la ley no permitia ajusticiarla : to-
« dos nosotros rogamos á Dios por ella, y en aquel mis-
« mo dia dió á luz una niña. Quejábase la Santa por los
« dolores del parto, y uno le dijo : *Ahora te lamentas?*
« *¿ Y cómo lo harás cuando serás devorada por las fie-*
« *ras?* Y respondió ella : *Ahora soy yo la que padezco,*
« *pero en la arena del anfiteatro Jesucristo será el que*
« *padecerá por mí, y con su gracia lo sufriré todo por su*
« *amor.* » En el dia de la ejecucion marchaban todos al
anfiteatro con tanta alegría, que se manifestaba en to-
dos sus movimientos. Los otros Santos fueron devora-
dos por las fieras. Santa Perpetua y santa Felicidad fue-
ron encerradas dentro unas redes para ser espuestas al
furor de una vaca indignada. Santa Perpetua fué enves-
tida y levantada al aire por la fiera, y cayendo de espal-
da quedó sentada : y viendo rasgado su vestido por uno

de sus costados, se esmeró en cubrirse. Acometida de nuevo con mas violencia por la vaca, se levantó en pié, y viendo á santa Felicidad sumamente magullada, le dió la mano y la levantó de tierra. El pueblo manifestándose entonces conmovido, entrambas Santas fueron conducidas en medio del anfiteatro, y allí fueron acuchilladas por los gladiadores; y así volaron con los demas mártires á poseer el paraiso el dia 7 de marzo del año 205. Sus reliquias fueron trasladadas á Roma. S. Agustin cita las actas de su martirio, y Tertuliano y S. Fulgencio hacen glorioso elogio de estas dos santas mártires, y ademas la Iglesia santa hace especial mencion de ellas en el sacrificio de la misa.

IX. S. AURELIO, NATALIA Y COMPAÑEROS.

1. Los mahometanos que dominaban en España en el siglo nono se estremaron en dar martirio á muchos cristianos. Entre estos se cuenta S. Aurelio, natural de Córdoba, de noble y rica familia. Su padre era mahometano, y su madre cristiana; pero habiendo quedado huérfano de tierna edad, fué instruido por una tia suya en la religion cristiana. Los libros de Mahoma, que le daban á leer los moros, le hicieron conocer la falsedad de aquella secta, y le aficionaron mas y mas á la religion de Jesucristo. Instado despues por sus parientes, tomó una esposa que fué Natalia, vírgen cristiana y muy dada á la piedad.

2. Era Aurelio pariente de un cristiano llamado Felix, el cual por debilidad habia renegado de Jesucristo, de cuya culpa se habia arrepentido, pero no tenia valor para darse á conocer por cristiano, por lo cual vivia co-

mo cristiano oculto con su muger. Estas dos familias estaban estrechamente unidas. Un dia vió Aurelio en la plaza atormentado por los azotes y paseado por la ciudad á un mercader cristiano, llamado Juan, y vuelto á casa, dijo á su muger: *Ya que me aconsejas que me retire del mundo, creo llegada ya la hora en que me llama Dios á una vida mas perfecta, por lo cual, de hoy en adelante, vivamos como dos hermanos; atendamos solo á Dios, y preparémonos para el martirio.* Natalia aceptó desde luego el consejo, y desde entonces se dieron á una vida santa, vida de oracion y de mortificaciones. Aurelio, entre otras de sus piadosas obras visitaba los cristianos encarcelados, y Natalia las mugeres que tambien estaban presas por la fé. Hallábase entre aquellos confesores un santo sacerdote llamado Eulogio, que escribió despues la historia del martirio de los dos esposos. Este aconsejó á Aurelio que pusiese sus hijas en lugar seguro, y vendiese sus bienes para repartirlos entre los pobres, dejando empero el sustento necesario á dichas sus hijas. Sucedió en el entretanto, que dos vírgenes llamadas María y Flora, que habian sido visitadas en su prision por Natalia, partieron para el martirio; y despues de su muerte se le aparecieron en sueños vestidas de blanco y radiantes de luz. Al verlas Natalia les dijo: — ¿Tendré yo la dicha de seguiros por el mismo camino que os ha conducido al cielo? — Y le respondieron: — Sí, tambien te aguarda el martirio, y dentro de poco te cabrá la misma dicha. — Natalia lo contó todo á Aurelio, y de aquella hora en adelante aquellos dos santos esposos no pensaron sino en prepararse á morir por Jesucristo, y repartieron sus bienes entre los pobres segun el consejo de Eulogio.

3. Llegó por este tiempo á Córdoba un cierto monje de Palestina llamado Jorge, que habia pasado 27 años en el monasterio de san Sabas, y habia sido enviado por el abad de otro monasterio de 500 monjes al Africa para recoger limosna; y hallando este pais oprimido por los sarracenos, le aconsejaron que pasase á España, en donde encontró tambien la religion perseguida. Dudando entonces acerca del partido que debia tomar, se dirigió á un monasterio de santos religiosos que estaba en Tebana para recomendarse á sus oraciones. Allí encontró á Natalia, la cual al verle dijo: — Este buen monje será nuestro compañero en el martirio. — Y así fué, pues el dia siguiente condujo Natalia á su casa de Córdoba al santo religioso, en donde encontraron á Felix y á Libiosa su muger, que con Aurelio platicaban acerca del comun deseo de morir por Jesucristo; y así, todos por un divino impulso resolvieron únanimemente ir á la iglesia para darse á conocer por cristianos, y conseguir el martirio, como realmente le alcanzaron.

4. No fueron arrestados en la iglesia, pero al regresar de ella fueron interrogados por un ministro del gobierno, que era moro, porque habian entrado en aquella iglesia. Y le respondieron: — Suelen los fieles visitar los sepulcros de los mártires, y esto acabamos de hacer nosotros, que todos somos cristianos. — Aquel ministro dió luego parte de ello al magistrado de la ciudad, y al dia siguiente vinieron los soldados, y estando ya en la puerta de la casa, gritaron: — Salid luego, miserables, venid á la muerte, ya que teneis fastidio á la vida. — Salieron jubilosos los dos mártires con sus mugeres, y hallándose el monje Jorge como olvidado, dijo á los soldados: — ¿Y porqué quereis violentar á los

cristianos á que sigan vuestra falsa religion? — Por estas solas palabras se vió luego maltratado por los soldados con puñetazos y puntapiés, hasta que le echaron por tierra, y le dijo Natalia: — Levantaos, hermano, y marchemos todos. — Y él le contestó: — Yo entretanto, hermana, he ganado esta friolera. — Incorporóse pues, medio muerto, y así fué presentado al juez, el cual les preguntó á todos porque corrian tan obcecadamente á la muerte, haciéndoles grandes promesas si querian renunciar á Jesucristo. Mas ellos unánimes respondieron: — De nada nos sirven estas promesas: nosotros despreciamos esta vida presente, porque esperamos gozar otra de mejor: nosotros amamos nuestra fé, y aborrecemos toda otra religion. — Mandóles el juez á todos á la prision, de la cual habiéndoles hecho salir despues de cinco dias, y encontrándoles firmes en la fé de Jesucristo, los condenó á todos á morir, menos á Jorge. Pero diciendo este entonces que Mahoma era hijo del demonio, y que todos sus secuaces eran condenados, fué condenado él tambien á la muerte como los demás. Mientras caminaban al suplicio, Natalia daba ánimo á su marido, de lo cual airados los sayones se propasaron á maltratarla con puñetazos y puntapiés, y así la acompañaron hasta el lugar de la ejecucion, en donde todos fueron por fin martirizados á 27 de julio del año 852.

§ XLVI.

SANTOS TARAGON, PROBO Y ANDRÓNICO.

1. En el martirio de estos tres santos mártires se debe admirar hasta donde llega la crueldad de los hom-